



EL BARCO
DE VAPOR

El asombroso Chico Brócoli

Frank Cottrell Boyce

Ilustraciones de Steven Lenton



sm





EL BARCO
DE VAPOR

El asombroso Chico Brócoli

Frank Cottrell Boyce

Ilustraciones de Steven Lenton



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial y traducción: Xohana Bastida

Coordinación gráfica: Marta Mesa

Título original: *The Astounding Broccoli Boy*

Publicado por primera vez en 2015 por Macmillan Children's Books,
una división de Macmillan Publishers Limited
20 New Wharf Road, London N1 9RR

© del texto: Frank Cottrell Boyce, 2017

© de las ilustraciones: Steven Lenton, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9770-7

Depósito legal: M-24333-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Annabel Roose,
tan adorable siempre, sea cual sea su color*

MIENTRAS LA CIUDAD DUERME, UN HÉROE DESCONOCIDO VIGILA DESDE SU SOLITARIA ATALAYA EN LOS TEJADOS

EN TODAS LAS HISTORIAS hay un héroe.

Lo único que tienes que hacer es asegurarte de que el héroe eres tú.

La primera noche que pasé en el Hospital Universitario de Woolpit, pensé que había llegado mi oportunidad. El chico de la cama de al lado era sonámbulo. Con los brazos caídos a los costados y la cabeza bien erguida, como una especie de Playmobil siniestro, echó a andar hacia la puerta de la sala, que estaba cerrada con un código de seguridad. No me pareció bien molestar a la enfermera de guardia, de modo que lo seguí. El chico pulsó varios números en el teclado y la puerta se abrió. Entonces siguió caminando por los corredores desiertos, atravesó el comedor de personal (donde yo me distraje un momento comiendo queso y sufriendo un accidente potencialmente mortal) y salió por la puerta de incendios.

Lo seguí, convencido de que nos dirigíamos a la calle.

Se me había olvidado que estábamos en la duodécima planta.

De pronto, me vi en el umbral de una especie de cobertizo que había en la azotea.

La ciudad, kilómetros más abajo, resplandecía como un árbol de Navidad gigantesco. El chico arrancó otra vez en plan Playmobil animado y fue directo hacia el borde del tejado. Un paso más y, ¡chof!, se convertiría en un manchurrón de mermelada de fresa en la acera. Pensé en gritar su nombre, pero decidí no hacerlo. ¿Y si se despertaba de repente y se caía del susto?

El chico, por cierto, se llamaba Tommy-Lee Komissky, aunque todo el mundo lo apodaba «Komissky el Borde». Yo me llamo Rory Rooney. Los dos íbamos a la misma clase en el insti: él era el chico más grande y agresivo, y yo el más bajito y enclenque. Podría contar miles de historias sobre él. Por ejemplo, que me despachurraba los sándwiches del almuerzo, que tiraba mi mochila fuera del autobús o que me tiraba a mí fuera del autobús. Pero en aquel momento no pensaba en esas cosas. Lo que pensaba era esto: *Por fin: esta es mi oportunidad de convertirme en un héroe cien por cien.*

Lo único que tengo que hacer es salvarle la vida.

Si se queda ahí un momento y no da ni un paso más, será pan comido.

Un relámpago atravesó el cielo.

Komissky el Borde dio un respingo.

Yo pestañeé.

Sonó el rumor de un trueno lejano.

Él dio otro paso.

Y entonces, cayó al vacío.

LO SIGUIENTE QUE SUPE...

LO VI CAER. Yo estaba en la puerta de la caseta, en el extremo opuesto de la azotea. No podía hacer nada por él. Pero lo siguiente que supe...

... fue que estaba a su lado.

En el suelo.

Entre una hilera de contenedores de basura y un contenedor de obra.

Le había salvado.

Levanté la mirada hacia la azotea, a doce pisos de nosotros.

¿Cómo habíamos llegado desde allí hasta donde estábamos?

¿Cómo?

Pues la verdad es que lo habíamos hecho porque yo era asombroso.

Y esta es la historia de cómo llegué a serlo.

Habíamos caído desde lo alto de un edificio de doce pisos. Y, sin embargo, no nos habíamos convertido en manchurroneos de mermelada de fresa. No habíamos hecho un cráter en el asfalto. No habíamos rebotado. No nos había-

mos hecho ni un rasguño. Habíamos salido ilesos de la caída, aunque Borde se había despertado.

Miró alrededor, se estiró y gruñó:

–¿Qué pasa aquí? ¿Dónde estamos? ¿Pretendías meterme en un cubo de la basura?

(Esa pregunta podría sonar extraña; pero un día, en el insti, Komissky el Borde me había tirado de cabeza dentro de un contenedor de basura. Ahora debía de suponer que yo quería vengarme).

De un empujón, me arrinconó contra la pared y me cerró el paso. Pero yo no estaba asustado.

Aquella noche, por primera vez desde que lo conocía, Komissky el Borde no me daba miedo.

Aquella noche no me daba miedo nada.

–¿Qué hacemos aquí? –insistió Komissky–. ¿Cómo hemos salido del hospital?

Yo levanté la cabeza y miré la parte superior del edificio: estaba tan alta que apenas se distinguía.

–Hemos saltado –dije–. Desde allí arriba.

Él siguió mi mirada.

–¿Te estás riendo de mí, Rory Rooney? –gruñó, echando hacia atrás el puño para darme un guantazo.

–No.

–No podemos haber saltado. Estaríamos muertos si lo hubiéramos hecho.

–Pues hemos saltado y no estamos muertos. Y además –añadí–, lo del salto no es la única cosa inexplicable. Al

salir de la sala, tú tecleaste el código que abría la puerta sin despertarte. Y luego, cuando ya estábamos en la azotea, yo me teletransporté un poquito. ¿Qué quiere decir eso? Piénsalo, Komissky.

Komissky el Borde me miró, con la cara tan desencajada como si se acabara de tragar una avispa furiosa. *¿Querrá vomitar?*, pensé.

–¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? –le dije.

–No. Solo estoy pensando.

–Ah. Vale.

–No, no vale. No se me ocurre nada.

–De acuerdo, Tommy Lee, escúchame –era la primera vez en mi vida que lo llamaba por su nombre de verdad, por cierto–. Nos internaron en la sala de aislamiento del Hospital Universitario de Woolpit porque creen que estamos enfermos. Pero ¿y si no estamos enfermos? ¿Y si lo que nos pasa es que somos... superhéroes?

CÓMO NOS CONVERTIMOS EN SERES ASOMBROSOS

NADIE NACE SIENDO SÚPER (salvo Superman, obviamente).

El Increíble Hulk era el apocado científico Bruce Banner hasta que le explotó en las narices una bomba gamma que había fabricado.

Spiderman era un chaval flacucho llamado Peter Parker hasta que le picó una araña radiactiva.

La Cosa del Pantano era un experto en botánica que investigaba para conseguir que los desiertos fueran fértiles. Un buen día, se murió y su alma quedó enganchada a un arbusto.

Ninguno de ellos eligió ser un héroe. Ni siquiera querían serlo, pero a todos les ocurrió algo extraño y se convirtieron en seres asombrosos. Tal vez hubieran podido ir al hospital para que les quitaran su asombrosidad. Pero no lo hicieron: eligieron usar sus nuevos poderes para hacer el bien. Eso es lo que los convirtió en héroes.

Y eso es justamente lo que nos pasó a nosotros.

Cuando miré a la azotea del hospital, me pareció ver dibujos de todas las cosas raras que nos habían ocurrido, ordenados en varias tiras de viñetas que se estiraban como la cola de un cometa. ¡Mi vida estaba pasando ante mis ojos como las páginas de un cómic de Spiderman!

¡Y eso que ni siquiera me gustaban mucho los cómics!
(El aficionado es mi padre, no yo).

En la cubierta del cómic había un dibujo de Tommy-Lee y yo con este rótulo: «Cómo nos hicimos asombrosos... ¡Sigán leyendo!».